Encontrar puntos en común

Por Dr. Peter Beddow, BCBA-D



La amabilidad, la alegría de aprender y los valores que guían nuestro trabajo

Cuando las familias acuden a nosotros en busca de ayuda para sus hijos, no podemos simplemente decidir por ellas cuáles deberían ser sus valores. No podemos suponer que las conductas que consideramos importantes, las habilidades que creemos que los niños deberían aprender o los objetivos que normalmente estableceríamos sean necesariamente los mismos que más le importan a la familia.

Por eso creo que una de las cosas más importantes que podemos hacer cuando trabajamos con familias de diferentes orígenes es identificar lo que tenemos en común.

Necesitamos un punto en común sobre el cual construir una relación y desarrollar objetivos significativos para la intervención. Necesitamos comprender lo que la familia espera lograr y determinar cómo nuestros conocimientos y habilidades pueden ayudarla a lograrlo.

A lo largo de los años, he identificado algunos principios fundamentales que me resultan útiles para iniciar estas conversaciones.

La amabilidad

El primero es la amabilidad.

Creo que la amabilidad es un valor compartido, al menos en cierta medida, por personas de una enorme variedad de culturas y orígenes. No podemos suponer que todo el mundo entiende o expresa la amabilidad exactamente de la misma manera, pero es un buen punto de partida.

La amabilidad puede significar comprender los sentimientos de otra persona y procurar que nuestra conducta no la lastime innecesariamente. Puede significar abstenerse de conductas que causen daño físico. Puede implicar reconocer cuándo se ha causado un daño e intentar reparar la situación.

La amabilidad también puede significar reconocer las necesidades de las personas que nos rodean y, en la medida en que tengamos la habilidad y la capacidad de satisfacer esas necesidades, hacer lo que podamos para ayudar.

Puede significar usar palabras que animen a los demás en lugar de enfatizar los aspectos negativos o problemáticos de sus vidas. Puede significar tratar a las personas con dignidad incluso cuando su conducta es difícil, cuando no están de acuerdo con nosotros o cuando no pueden hacer lo que nos gustaría que hicieran.

Estas son cosas que podemos enseñar a los niños, y son cosas que deberíamos demostrar en nuestras propias interacciones con ellos.

Cuando hablo con las familias sobre los valores que guían nuestro trabajo, la amabilidad es una de las primeras cosas que destaco. Queremos que los niños aprendan a ser amables con otras personas, y queremos que los adultos que los rodean sean un modelo de esa misma amabilidad.

La alegría de aprender

Otro valor que he destacado a lo largo de mi carrera es la alegría de aprender.

He apostado gran parte de mi vida profesional por lo que creo que es una verdad sumamente importante: aprender puede producir alegría.

Obviamente, la alegría que surge del aprendizaje depende de diversos factores. La habilidad debe ser accesible para quien aprende. Ayuda que la habilidad sea pertinente y útil, y que quien aprende tenga oportunidades de experimentar el éxito. Pero incluso cuando una habilidad no es necesaria de inmediato, aprender algo nuevo puede producir una enorme sensación de logro.

Puede ser algo tan sencillo como aprender a doblar una hoja de papel para hacer un barco, sacarle punta a un lápiz, atarse los zapatos o saltar por encima de un pequeño arroyo en el patio.

Cuando un niño aprende a hacer algo que antes no podía hacer, ese aprendizaje puede darle una sensación de empoderamiento. Le brinda una experiencia de éxito y, potencialmente, mayor confianza al enfrentar retos futuros.

Una de las mejores cosas que podemos darle a un niño es la expectativa de que aprender algo nuevo puede ser agradable.

Por supuesto, para que podamos enseñarle a un niño, el niño debe estar dispuesto, al menos en cierta medida, a participar en las oportunidades de aprendizaje que le presentamos. Debe estar dispuesto a interactuar con nosotros, probar cosas desconocidas y, a veces, perseverar cuando una tarea es difícil.

Esa disposición a menudo depende de la confianza.

La confianza debe ganarse

Es fácil para los adultos suponer que los niños deberían estar dispuestos a aprender de ellos simplemente porque son adultos, maestros o terapeutas. Pero es posible que la historia de un niño con los adultos no le haya dado buenas razones para confiar en las personas que desempeñan esos roles.

Algunos niños han experimentado fracasos repetidos. Algunos han experimentado rechazo, críticas o maltrato por parte de adultos que se suponía que debían enseñarles o cuidarlos. Otros pueden haber tenido experiencias en las que las exigencias de la enseñanza se asociaban principalmente con frustración, coerción o ausencia de éxitos significativos.

No podemos simplemente observar la falta de disposición de un niño a participar en la enseñanza y concluir que el problema está en el niño.

La respuesta del niño puede ser un reflejo de su historia.

Si ese es el caso, es posible que necesitemos superar esa historia, al menos en cierta medida, mediante interacciones positivas repetidas y constantes. Es posible que necesitemos demostrar, con el tiempo, que aprender con nosotros puede ser seguro, agradable y valioso.

Necesitamos convertirnos en adultos en quienes los niños tengan buenas razones para confiar.

Esto no significa abandonar la enseñanza ni esperar indefinidamente a que un niño se interese en cada actividad. Significa organizar la enseñanza de modo que el niño pueda experimentar éxito, previsibilidad, ánimo y una creciente sensación de competencia.

La confianza y el aprendizaje pueden desarrollarse juntos.

La seguridad y las conductas que interfieren con el aprendizaje

Otro ámbito en el que a menudo podemos encontrar puntos en común con las familias es la seguridad.

Hay varias categorías de conducta que suelo destacar cuando trabajo con niños que presentan retos conductuales significativos. A veces me refiero a tres de ellas como “los tres grandes”: la agresión, la destrucción de objetos y las fugas.

La conducta autolesiva es otra preocupación seria. Suelo considerarla junto con la agresión porque implica daño a una persona que es tan importante y valiosa como cualquier otra: el propio niño.

Estas conductas pueden generar riesgos para el niño o para otras personas, interferir con el aprendizaje, dañar relaciones importantes o limitar las oportunidades del niño de participar en la vida cotidiana.

Las conductas concretas que requieren intervención, y las prioridades que establecemos, deben depender de las circunstancias individuales del niño y de la familia. Pero proteger a los niños de daños graves y ayudarlos a aprender formas más seguras y eficaces de comunicarse y de responder a los retos son objetivos que muchas familias comprenden y valoran fácilmente.

Sin embargo, debemos tener cuidado de no confundir la seguridad con la mera obediencia. Un niño que nunca objeta, nunca se niega y siempre hace lo que un adulto le pide no está necesariamente más seguro ni mejor preparado para la vida.

Queremos que los niños aprendan a comunicar su incomodidad, a rechazar peticiones inapropiadas, a buscar ayuda y a defenderse por sí mismos. Esas también son habilidades importantes.

Empezar por lo que compartimos

La amabilidad, la alegría de aprender, la confianza y la seguridad no son los únicos valores que pueden guiar nuestro trabajo. Tampoco debemos suponer que todas las familias los definirán o priorizarán de la misma manera.

Son simplemente puntos de partida útiles.

Cuando podemos explicar lo que valoramos, escuchar lo que valoran las familias e identificar los aspectos en los que esos valores coinciden, establecemos una base para una colaboración significativa.

Entonces podemos desarrollar objetivos que reflejen no solo nuestra comprensión profesional de la conducta y el aprendizaje, sino también las esperanzas de la familia para su hijo.

Esa es una base mucho mejor para la intervención que simplemente suponer que la manera en que siempre hemos hecho las cosas es la manera en que deben hacerse para todos.

Referencias

Durlak, J. A., Weissberg, R. P., Dymnicki, A. B., Taylor, R. D., & Schellinger, K. B. (2011). The impact of enhancing students' social and emotional learning: A meta-analysis of school-based universal interventions. *Child Development, 82*(1), 405-432. https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2010.01564.x

Hamre, B. K., & Pianta, R. C. (2001). Early teacher-child relationships and the trajectory of children's school outcomes through eighth grade. *Child Development, 72*(2), 625-638. https://doi.org/10.1111/1467-8624.00301

Roorda, D. L., Koomen, H. M. Y., Spilt, J. L., & Oort, F. J. (2011). The influence of affective teacher-student relationships on students' school engagement and achievement: A meta-analytic approach. *Review of Educational Research, 81*(4), 493-529. https://doi.org/10.3102/0034654311421793

Ryan, R. M., & Deci, E. L. (2000). Self-determination theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development, and well-being. *American Psychologist, 55*(1), 68-78. https://doi.org/10.1037/0003-066X.55.1.68

Seguir aprendiendo

Abra el recurso complementario y elija el siguiente paso práctico.

https://accessiblebehavior.com/go/finding-common-ground-es

Sobre el autor

Docente de corazón, analista de conducta y escritor, el Dr. Peter Beddow lleva más de dos décadas ayudando a niños, familias y equipos escolares a abordar el autismo, la conducta, el trauma y las diferencias de aprendizaje con claridad, estructura y esperanza. Estudió Literatura Inglesa y Escritura Creativa en Middlebury College y obtuvo un doctorado en Educación Especial en Peabody College de Vanderbilt University, donde su trabajo se centró en la equidad, el aprendizaje y el acceso en la evaluación. Peter ha trabajado como docente, educador especial, director clínico, consultor y analista de conducta certificado en hogares, escuelas y clínicas. Fundó Accessible Hope, una organización del área de Nashville que apoya a familias diversas, y escribe y enseña enfoques prácticos y humanos sobre la conducta y el aprendizaje.

Proveedor autorizado de educación continua (ACE): Accessible Behavior, LLC · Número de proveedor OP-26-12875.

Alcance y seguridad

Este artículo ofrece información educativa general. No constituye asesoramiento médico, conductual, de salud mental, legal ni de emergencia individualizado. El apoyo individual debe tener en cuenta la comunicación, la salud, la seguridad, las necesidades relacionadas con la discapacidad, la cultura y el contexto de la persona que aprende.

Cómo citar este recurso

Beddow, P. (2026). Encontrar puntos en común. Accessible Behavior.
https://accessiblebehavior.com/go/finding-common-ground-es

Copyright © 2026 Accessible Behavior. Todos los derechos reservados.

Artículo publicado: https://accessiblebehavior.com/resources/finding-common-ground-es/